

EDUCACIÓN AMBIENTAL

LA HERENCIA DE LA MODERNIDAD

El oscurantismo moderno.

Tizoc Adrián Altamirano Alvarez* y Marisela Soriano Sarabia*

Museo de las Ciencias Biológicas “Enrique Beltrán” de la F.E.S. Iztacala, U.N.A.M., Avenida de los Barrios No. 1, Los Reyes Tlalnepantla, Estado de México.

INTRODUCCIÓN

En el renacimiento, es donde se marcan los orígenes de la modernidad, y en éste se encuentran todos los cambios de visión, dejando atrás el conocimiento bajo el dominio de la religión, ahora queda en el pasado la era del oscurantismo y emerge la nueva visión con el desarrollo del arte, la ciencia y la sintaxis instituidas, las cuales, se rebelan violentamente contra el orden oficial y el academicismo, matizados por el odio a la traición y con furor a la renovación total. Con el modernismo, las normas de la vida burguesa son objeto de ataques cada vez más fuertes por parte de la bohemia rebelde. Este no solo representa la rebelión contra sí mismo, es a la vez una revolución contra todas las normas y valores de la clase económicamente dominante. Los innovadores artísticos de la mitad del siglo XIX y del XX elogiaron ciertos valores, inspirándose en el romanticismo, pero fundados en la exaltación del yo, en la autenticidad y el placer, dichos valores que mostraron hostilidad a las costumbres de la burguesía centradas en el trabajo, el ahorro, la moderación, y el puritanismo (Lipovetsky a, 1992., 81 y 83).

La cultura modernista es por excelencia una cultura de la personalidad, que tiene por centro el yo, y en conjunto con el arte se genera una especie de secta, que tiene como finalidad de encontrar vínculos entre el arte y la vida. Aunque lo más curioso es que el furor modernista descalifica las obras de vanguardia, se prohíbe el estancamiento, y se obliga a la invención perpetua. En este sentido el modernismo representa la tradición de lo nuevo, en donde lo nuevo se vuelve inmediatamente viejo, y el único principio que rige al arte es la propia forma del cambio. De éste modo surge un individualismo ilimitado y hedonista (Lipovetsky a, *idem.*, 82 y 83).

Si se mira la cultura bajo la óptica del modo de vida, es el capitalismo y no el modernismo artístico el principal artesano de la cultura hedonista, pues con la difusión del ahorro, la moral puritana cede el paso a valores hedonistas que animan a gastar, y a disfrutar, en la sociedad americana e incluso en la europea la humanidad se mueve alrededor del culto al consumo, al tiempo libre y al placer. Con este fenómeno basado en el hedonismo, la ética protestante fue debilitada no por el modernismo, sino por el propio capitalismo (Lipovetsky

a, *idem.*, 83). El cual cuenta con la invención del crédito como el mayor instrumento de destrucción de la ética protestante. Antes, para comprar había que ahorrar, pero, con la tarjeta de crédito los deseos pueden satisfacerse de inmediato con el poder de la firma. El efecto inmediato al nuevo tipo de consumo, fue la fragmentación de la sociedad, ahora ésta, ya no posee un carácter homogéneo y se presenta como la articulación compleja de tres ordenes distintos, el tecno-económico, el régimen político y la cultura, cada una obedece a su propio principio axial diferente, esas esferas no concuerdan las unas con las otras y tienen distintos ritmos de cambio. Pero a pesar de sus efectos en la sociedad, el mismo modernismo construye un callejón sin salida para la vanguardia, dentro de una cultura muy individualista y radical, que solo acepta lo nuevo, según Daniel Bell (citado en Lipovetsky a, 1992) el dispositivo modernista está acabado desde hace medio siglo. Los vanguardistas no cesan de dar vueltas en el vacío, incapaces de una innovación artística importante, pues han perdido su poder creativo, los artistas no hacen más que reproducir y plagiar los grandes descubrimientos del primer tercio del siglo XX (Lipovetsky a, 1992).

Se acabó la gran fase del modernismo, caracterizado por los escándalos de la vanguardia, la cual ha perdido su virtud provocativa, y ya no se producen tensiones entre los artistas innovadores y el público, debido a que ya nadie defiende el orden y la tradición, hemos entrado a lo que Daniel Bell denomina el posmodernismo, fase de declive de la creatividad artística cuyo único resorte es la explotación extremista de los principios modernistas, en donde la vanguardia ya no se indigna, en que el placer y el estímulo de los sentidos se convierten en valores dominantes de la vida común, en este sentido el posmodernismo aparece como la democratización del placer como un fin de la vida (Lipovetsky a, *idem.*).

En los años sesenta, el posmodernismo muestra sus características más relevantes con su radicalismo cultural y político, su hedonismo exacerbado, los cuales se reflejan con la revuelta estudiantil, en la contracultura, la moda de las drogas, la liberación sexual, las películas porno, en el aumento de la violencia y de la crueldad en los espectáculos, se incorpora la libertad del placer y el sexo. Al respecto en esta década se manifiesta la última ofensiva lanzada contra los valores puritanos y utilitaristas. Pero también, marca el principio de la cultura posmoderna, caracterizada por la falta de innovación, de audacia, y contenta de democratizar la lógica hedonista, fomentando radicalmente los impulsos más bajos antes que los impulsos nobles. Con el inicio del posmodernismo, ahora es la revolución de lo cotidiano lo que toma cuerpo, donde el individuo y la vida cotidiana ya tienen un peso propio, pues han sido incorporados al proceso de la moda, y con esta nueva era se aniquilan las formas tradicionales de sociabilidad, dedicándose a producir y organizar lo que se debe de hacer con la vida en grupos de individuos, a través de los procesos de consumo como un medio de seducción (Lipovetsky a, *idem.*, 107,108,109).

En nuestra era, las ciencias biomédicas, la empresa, la biología, los media, están dominadas por el discurso y la demanda ética. En todas partes, el discurso de los valores se coloca en primera línea al mismo tiempo que se agotan los grandes proyectos políticos y se recrudecen las técnicas, de las imágenes y de los intereses (Lipovetsky b, 1994). En este sentido, entre más se valoriza el ego, más se impone la falta de respeto al entorno, cuanto más organizado está el mundo por la técnica, más legítimos son los comités expertos, los códigos éticos, y la llamada responsabilidad individual. Como resultado, hoy vislumbramos un mundo donde el sentido revolucionario fue sustituido por la ética sustentada en la

responsabilidad libre de fronteras comerciales, con una falsa actitud favorable hacia la naturaleza, donde la respuesta ha generado la bioética íntimamente ligada al negocio, donde la ayuda humanitaria se comercializa, *“esta ha sido substituida por la de la ética basada en la responsabilidad libre de fronteras, ecológica, bioética, humanitaria, económica y mediática, siendo ésta el alma misma de la cultura posmoralista, hoy bajo los auspicios de la ética, todo puede venderse”* (Lipovetsky a, 1992).

Con el continuo avance de este proceso, ya existe entonces, un individualismo generalizado basado en el placer como la finalidad de la vida, y un mecenazgo de los valores y la ética, todo esto ante el resultado de un proceso social. Considerando lo anterior, existen múltiples interrogantes, de las que consideramos que una de las relevantes es ¿qué podemos hacer?, por lo que reflexionamos al respecto e intentamos responder a ésta interrogante.

La nueva concepción de la ética.

“La sociedad burguesa introducía un individualismo radical en el ámbito económico y estaba dispuesta a suprimir todas las relaciones, pero, temía a las experiencias del individualismo moderno en el ámbito de la cultura” (Lipovetsky a, 1992), sin embargo, aún con tanto temor, el resultado fue una gran afinidad entre el capitalismo y la modernidad. Mientras la burguesía revolucionó la producción y los intercambios, el orden cultural en el que se desarrollo siguió siendo disciplinario y autoritario. El resultado de dicha revolución fue la aparición del consumo por parte de las masas en E.U.A. durante los años veinte, lo que convirtió el hedonismo –que hasta entonces era patrimonio de una minoría de artistas e intelectuales- en el comportamiento general en la vida corriente, esto significa, que el mayor instrumento de destrucción de la ética protestante fue la invención del crédito, si antes, para poder comprar había que ahorrar. Ahora la tarjeta de crédito se ha convertido en la llave de los deseos, la cual puede satisfacernos de inmediato, cualquier necesidad material, pero el costo es la esclavización sustentada con una deuda que puede ser tan larga como nuestra vida.

Desafortunadamente, los efectos del nuevo tipo de consumo, a través de la tarjeta de crédito, no solo esclaviza, sino que también fragmenta a la sociedad, aquí habría que reflexionar sobre la ética, que ya no es la ética de Aristóteles, la cual ha sufrido un cambio a través de un proceso que ha liberado a la ética de un referente concreto y específico, y en el que de lo colectivo se va preponderando al individuo, y es a esto lo que Lipovetsky denomina individualismo. En este individualismo, hay un proceso de personalización, la historia de la humanidad se ha ido determinando por éste proceso en el que obviamente, se van interpretando una serie de valores y una ética determinada. Básicamente en el siglo XX y en los primeros 4 años del XXI se habla de un individualismo en la cultura moderna y de un individualismo en la cultura posmoderna, la diferencia según Lipovetsky es que la ética que sustenta el individualismo moderno estaba matizado como una ética protestante, desligada del aspecto religioso, es decir, que en éste proceso el hombre dio un giro de una visión teocéntrica a una ética humana sustentada en la razón. En esta nueva concepción de la ética, no se cuenta con un contexto divino, tampoco existe la ética del deber ser, en éste sentido Lipovetsky plantea que la ética repentinamente da un giro en la modernidad, cuando se incorporan elementos como el hedonismo y el consumo. Es precisamente, con la incorporación de dichos elementos cuando aquellos que se consideraban razonables, como la disciplina y el ahorro, los cuales pierden sentido y encontramos ahora una ética basada en

La herencia de la modernidad

el bienestar con el único referente, que es la experiencia, aderezado con grandes matices de individualismo.

Ahora, con la nueva ética sustentada en el bienestar empresarial, vamos vislumbrando que ésta, se va configurando en donde las instituciones tradicionales que conformaron la ética moderna (fundamentalmente la escuela y la familia), van perdiendo sentido, y entran en juego otros factores, como la televisión, la radio, la publicidad, entre otros, que de manera paralela también estimulan el individualismo.

En este proceso complejo, entramos a la homogeneidad, en donde cada individuo pierde su propia identidad, pero, al mismo tiempo se gesta un yo único, individualista incapaz de responder a una acción de colectividad verdadera, en la que se genere un bienestar común con nuestros semejantes. Pero además, vivimos bajo el engaño, pues se nos dice que tenemos la libertad de elegir, y que somos democráticos, cuando sabemos que en realidad en las votaciones coordinadas institucionalmente existen movimientos poco claros. En este proceso, de engaño la empresa con el apoyo del Estado, estimula el individualismo, a través de la formalización de las obligaciones y los derechos de cada uno, sustentados en objetivos de progreso e ideales que dan un sentido colectivo a la empresa, la cual asegura que a sus trabajadores y administrativos que son únicos, independientes y de gran capacidad de resolución ante cualquier problema que exista (Lipovetsky, 1994). En éste aspecto, existe un proceso de socialización, que se resume en un problema psicológico, si el desarrollo escolar individual fracasa entonces es porque el individuo posee un psiquismo incompatible con el resto de los trabajadores, y se dice que es un problema a nivel del yo, en relación a estos puntos Lipovetsky señala, que hay un proceso de socialización en el que el individuo va buscando su propio yo, pero, éste se encuentra inmerso en la problemática misma de su propio yo, que ya está minimizado o muy disuelto en la problemática misma del propio proceso personal. Y es aquí, donde el psicoanálisis juega un papel muy importante, marcando las pautas básicas del problema, si el individuo muestra un rechazo a los principios establecidos por la empresa ó aún por la misma sociedad, entonces es un inadaptado o en el caso de las Universidades públicas si alguien defiende sus derechos se le considera conflictivo, y es caracterizado como un individuo con baja autoestima y no puede resolver su problemática porque careció de afecto materno. Entonces, la problemática se centra en el yo del individuo y no en otros problemas, rompiendo con la posibilidad de establecer cierta solidaridad colectiva, y da al traste con el posible trabajo en equipo.

Considerando la relación íntima que nació entre el capitalismo y el modernismo, se observa un reflejo básico del sistema empresarial, que es el oportunismo, y en este sentido se observa que, las constituciones, credo o proyectos de las empresas no son inmutables, son revisados periódicamente y no solo se adaptan al contexto inestable y multidimensional del mundo económico (Lipovetsky, 1994), sino que también muestran adaptaciones al contexto cultural, y al igual que los individuos redescubren los encantos de lo sagrado y de la tradición, de la misma manera el mundo de los negocios está al acecho de la espiritualidad, de la personalidad filosófica y moral, para introducirlos al sistema mercantil. En la modernidad, la empresa anónima y disciplinaria, también era tecnocrática y mecanicista, pero, la empresa posmoderna, ahora desea ser portadora de “sentido y valor”. En este aspecto los valores y la ética, que antiguamente constituían un probable freno o un obstáculo para la economía, hoy se han convertido en un medio económico. Y sus

estrategias, basadas en la hipocresía y el oportunismo, por un lado debilitan la idea de primacía de los valores morales, mientras que, por el otro lado desvían y minimizan su sentido tradicional, y de esta manera transforman la ética en un auxiliar eficiente del aspecto económico (Lipovetsky, 1994).

La nueva realidad basada en el oscurantismo moderno.

Tratando de responder a las interrogante planteada, nos surgen nuevas inquietudes, relacionadas con la era del oscurantismo antiguo, la cual se basó en el poder religioso, y que se conceptualiza como un periodo de ignorancia y quizá como un sistema para la esclavitud del hombre, pero si consideramos que la posmodernidad también nos ha sumido en cierto grado de ignorancia, nos queda una nueva interrogante ¿habremos superado la era del oscurantismo?. En nuestra realidad actual vivimos también en la ignorancia, causada por muchos factores, en las que los medios de información, difusión y comunicación, divulgan la información de los acontecimientos de una manera selectiva, ofertando lo que el sistema empresarial y estatal desean que sepamos de manera similar a la iglesia durante el oscurantismo, pero con la diferencia de que éste nuevo método de esclavitud se sustenta en la tecnociencia y en nuestros placeres.

Muchos pensaron que en los años sesenta se presentó una contracultura llevada a través de los movimientos estudiantiles, como una respuesta a la modernidad, lo cual nos hace reflexionar hasta o hacia donde nos están llevando estos procesos sociales. Sin embargo, *“la cultura de masas hedonistas y psicodélica de ésta década, en apariencia fue revolucionaria, pero finalmente, solo constituyó una extensión del hedonismo de los años cincuenta y una democratización del libertinaje que practicaban desde tiempo atrás ciertas fracciones de la sociedad”* ((Lipovetsky b, *op. cit.*, 106). A éste respecto, los sesenta marcan el final del modernismo y el inicio del posmodernismo, ésta última caracterizada por la estimulación de los impulsos más bajos antes que los nobles. Si reflexionamos nos daremos cuenta que, aún pesa sobre nuestras vidas una obscuridad, guiada ahora, por el último grito de las moda empresarial; la bioética y el negocio ((Lipovetsky b, *op. cit.* ,245), esto nos obliga a preguntarnos nuevamente ¿cual es la moral actual que nos domina? (Ramírez, 1997, 57). La respuesta, ya la vivimos, pues, si analizamos nuestra realidad actual, nos daremos cuenta que la moda de la ética en los negocios ha nacido y se ha extendido. Simplemente, veamos algunas televisoras que se consideran así mismas señales con valor, las consultorias especializadas en la ética, venden sus estrategias “éticas” a las empresas, y se ha construido una moral de los negocios que debe su éxito, a nuestra cultura desestabilizada en la búsqueda de renovaciones, pero que, finalmente recicla las tradiciones modificadas convirtiéndolas en novedad, obligando a nuestros ideales a sufrir cambios, transformándolos en medios de competencia y vectores de afirmación de identidad ((Lipovetsky b, *op. cit.* ,247).

¿Qué podemos hacer?,

Ante todo esto, quizá la respuesta, se base en considerar, en volver sobre nuestras pisadas culturales, y pensar en la posibilidad de un retorno a la colectividad de nuestro pasado, la cual se sustentó en una serie de valores determinados en los distintos contextos históricos. O tal vez pensar en una educación ambiental, pero, independientemente de la vía que logremos elegir, para que podamos hacer algo, implicaría el tratar de dismantelar todo éste

esquema que nos va socializando y conformando como individuos. Esto debe ser muy difícil, pero existen muchos elementos, como la postura de Freire, entre otros que nos permitirían hacer al menos el intento, y habría que buscar de que manera podemos establecer en la escuela una educación distinta, en este sentido, se tendría que considerar el papel del maestro, no como un elemento estático, sino como una parte del proceso educativo de alta movilidad, es decir, que no solo se quede en la escuela, para ello deben de considerarse los medios de comunicación, que son substanciales en éste proceso.

LITERATURA CITADA

Lipovetsky a, Gules. 1994. El crepúsculo del deber. Barcelona, Anagrama.

Lipovetsky b, Gules. 1992. La era del vacío. 5 edición. Barcelona, Anagrama.

Ramírez, B. R. T. 1997. Malthus entre nosotros: discursos ambientales y política demográfica 1970-1995. Universidad Pedagógica Nacional. Ediciones Taller Abierto. Sociedad cooperativa de Producción S.C.L.

Fecha de Recepción: 24 de octubre del 2003.

Fecha de Aceptación: 13 de Mayo del 2004.